

DESTINO

SEMANARIO DE F. E. T.
y de las J. O. N. S., editado
por la Delegación de Prensa
y Propaganda de la
1 de enero de 1939
NUM. 96.—25 CTS.
III Año Triunfal

RENACIMIENTO



«Todo ha sido, en este siglo de Historia catalana, tentativa de suicidio entre turbios cendales románticos», decía José Antonio en su «Arenga a Cataluña». Y esto es, exactamente, el movimiento renacentista catalán. Tentativa de suicidio, desviación que conducía fatalmente a la descuartización de la Patria, a la substitución de un sentido histórico por la anulación de todo sentido histórico y político. Y ello, no como creen, aún de buena fe, a la ligera, muchos de los que pretenden arreglar en un santiamén los problemas que derivan de esta inconsciencia renacentista; la tentativa de suicidio no era motivada por el renacimiento cultural en sí. Sino, precisamente, porque este ayudó, casi desde sus inicios, a la decadencia, ya patente, de todas las restantes fuerzas españolas.

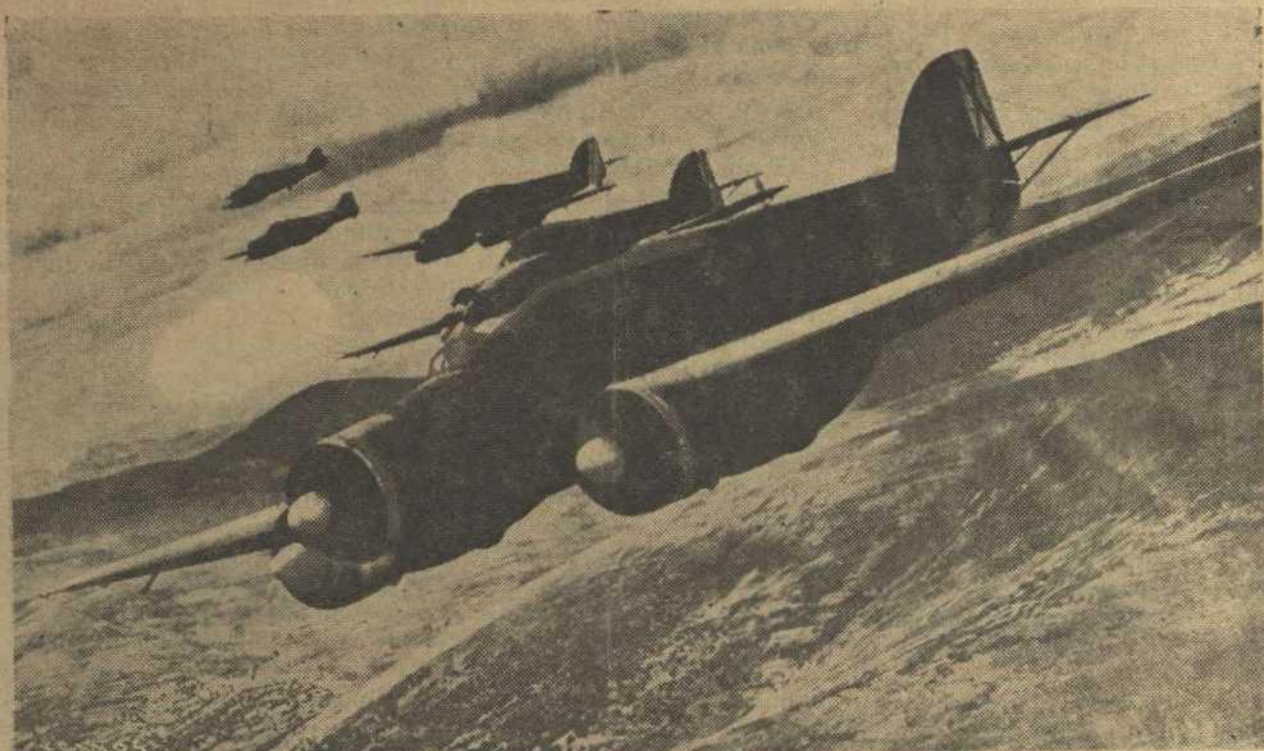
Llegados al momento culminante presente, a la decisión con las armas de la futura estructuración estatal, y al trance —hoy superado felizmente— de la desmembración de España, es posible determinar con claridad las cosas. ¿Cuál era el móvil, concreto, el único móvil, definible del renacimiento catalán planteado en los términos en que se planteó desde principios de siglo? ¿Exactamente el de un renacimiento catalán? Nunca; si no, escuetamente, la liquidación de una idea total española. Consciente o inconscientemente el renacimiento sin meta que emprendía uno de los componentes de la Unidad de Destino, que es España en ausencia de los demás, conducía a la negación del propio destino de España. A la anulación de España.

Por otra parte el renacimiento catalán fué liberal. Cataluña, por medio de él renació muerta. Ponia el indiscutible vigor popular y político de todo renacimiento a los pies de un de un cadáver. He aquí, pues, que el renacimiento fué a encerrarse un día en el hemiciclo del Parlamento catalán, pieza doméstica y plebea, quirófano triste donde se anesiesia a los pueblos podridos.

Cataluña sentía batir en sus playas el oleaje de los tiempos nuevos, que la brisa del litoral le traía de Roma. Aquel mar que aragoneses y catalanes cruzaron hasta el último confín palpitaba de nuevo. ¡Si se hubiera escuchado a tiempo este rumor, si se hubiera querido totalizar la luz mediterránea, para sumarla al Destino común que nos define nacionalmente! Nada de esto se quiso. No busquemos, propicios a la decadencia, nombres de culpables. «Todo ha sido, con este siglo de Historia catalana, tentativa de suicidio entre turbios cendales románticos». Basta, pues, que con los nuevos tiempos venga la luz que a todos nos faltó, a decidir la superior Unidad «donde todos los españoles habremos de salvarnos». Que nos sea dado sumar nuestro afán al total renacimiento de España.

El artesanado—herencia viva de un glorioso pasado gremial—será fomentado y eficazmente protegido.

(DEL FUERO DEL TRABAJO).



VEASE, EN OCTAVA PAGINA: «ruta de guerra numero O», POR JOSE MANUEL M. BANDE

Interpretaciones al “Fuero del Trabajo”

Frente al capital dominante y al proletariado revuelto —los dos irreconciliables—, el Nacional-sindicalismo ha logrado la síntesis armónica de ambos con su concepto de Nación como unidad de destino.

No concibiéndose la Nación sino como la suma de los que, ante lo universal, están ligados en ella, todos serán igualmente sus miembros y estarán obligados en la misma medida a servirla.

Superado en la Nueva España el concepto de clase, no existe, por tanto, ninguna determinada a la que haya que confiar especialmente la dirección de la Patria. El Estado se constituirá de tal forma que haga posible la participación en el mismo de todos los españoles; participación que sólo puede hacerse mediante un sistema jerárquico que coloque a cada cual en el puesto que por su capacidad le corresponda.

El capital, lejos de su antiguo concepto dominador, es un instrumento económico que tiene que servir a la economía total. No teniendo categoría humana, sino de cosa, es rebajar aquélla al colocarlos en un mismo plano; y mucho más convertir al hombre en servidor del capital. El capital ha de estar en lo económico supeditado al hombre, como en lo social lo está la economía.

El marxismo es el capitalismo del Estado.

No ya el individuo, sino la colectividad del individuo, están, en él, al servicio del Estado.

El falangismo coloca al hombre y a la Patria —unidad de destino universal— por encima de la economía.

Con el Nacional-sindicalismo el trabajo adquiere el concepto espiritual que merece, ya que fundamentalmente es el medio de alcanzar fines ideales al servicio de la Patria.

Contra las clases, donde el hombre desaparece, oponemos en lo político y en lo económico la jerarquía del pueblo ordenando según la capacidad de cada cual al servicio de la Nación.

Si algún pueblo hay que pueda liberarse fácilmente del predominio del capital, es precisamente España. José Antonio lo ha diciendo: «España es la que menos ha padecido del rigor capitalista; bendito sea tu atraso; España puede salvarse la primera en este caos que amenaza el mundo.»

En las normas del Nacional-sindicalismo, con subordinación del capital a la categoría humana y del hombre a la Patria, se han de forjar las ideas económico-políticas de la Nueva España.

ECOS

Dijo un alto funcionario de la Presidencia de los rojos:

—Le aseguro —decía, hace poco, a un amigo nuestro recién evadido— que Negrín está loco. Pero rematado. Tiene la manía de que va a ganar la guerra, pero se llena de cólera al ver que son demasiados los que se oponen a su tentativa. Y se cree perseguido. Figúrese usted que muchas veces, por la noche, se levanta de la cama y medio desnudo sale a la calle corriendo como si alguien le persiguiera. Alguna vez, en su huida, ha llegado a saltar la verja del jardín. El centinela le ha dado el «alto»; pero el cabo de guardia, a sabiendas de lo que ocurre, ha procurado acallar al celoso guardián, informándole de la triste verdad. Al cabo de una hora, vuelve Negrín, con los cabellos en desorden, los ojos hinchados y completamente extenuado. La guardia le saluda con el puño cerrado hasta la altura de la sien.

Otras veces, al salir de paseo en automóvil, de súbito manda al chófer parar el coche, se apea y empieza a andar a grandes pasos por las calles. Naturalmente, su escolta tiene que seguirlo. Y a pie.

Malas voces dicen que entre ellos se murmura: «¿Qué vamos a hacer con ese «desgraciado»?»

Lo que para nosotros no es motivo de extrañeza es que Negrín sufra manía persecutoria. La sombra siniestra de los miles de ejecutados, de los cuales él ha sido y es el brazo inductor, le persiguen seguramente de día y de noche.

Claro que también la debe sufrir el funcionario autor del relato. Y quién sabe si, a su vez, el amigo nuestro recién evadido. Pero corresponda a quien corresponda esta vez la crisis nerviosa, nos informa de que lo que ampulosamente llaman «República democrática» no es más que un triste y enorme manicomio.



Comentario

INCOMPRESION

El día 23 del corriente publicó el «Manchester Guardian» un artículo que merece nuestro comentario, no por el desconocimiento que revela de los asuntos de España—cosa muy vieja en los periodistas ingleses—, sino por la fina hipocresía que encubre el estilo legítimo del periodista inglés, desprovisto de afirmaciones y sobrado de intención:

«Todo lo que está sucediendo en España nos viene a demostrar cuán desastroso es el camino emprendido por Mr. Chamberlain de sumisión al General Franco.»

Sumisión que le impide conceder al Caudillo de la verdadera España la beligerancia, que después de todo, no es una concesión, sino un derecho. Sumisión que no es obstáculo para dar amparo en el puerto de Gibraltar al destructor rojo «José Luis Díez» e impedir así que caiga en manos de nuestra Gloriosa Escuadra. ¿Sumisión?... Por lo visto las palabras tienen en inglés distinto significado que en el resto del mundo o el periodista hace honor a los billetes que recibe acumulando en su artículo las afirmaciones más sorprendentes. Porque a continuación hace una loa —lástima que no haya sido escrita en verso— de las excelencias de la República próxima a fallecer, asistida por el nefasto doctor Negrín.

«En el lado republicano el orden ha sido restablecido, las disputas religiosas han desaparecido totalmente, los combatientes de ambos bandos se miran sin rencor y conciertan matches de fútbol.»

No se le pueda negar al autor del artículo esa piadosa adulación de quien se acerca a la cabecera del moribundo a decirle cosas bonitas aun a sabiendas de que deja en su vida una estela de crímenes; pero, además, merece nuestra felicitación el genial periodista del «Manchester Guardian», porque nos ha dado luz sobre dos problemas españoles que no acabamos de comprender. Para él la cuestión religiosa de España ha sido una mera disputa, uno de esos incidentes callejeros sin importancia que suelen terminar a golpes. En España, al asesinato de más de una docena de obispos, de 17.000 sacerdotes y de centenares de miles de católicos por el mero hecho de serlo, lo llamamos —sin duda por equivocación— exterminio, no disputa. La otra afirmación que nos sorprende es la de que «entre teams de ambos bandos se conciertan matches de fútbol». No sabemos a qué se refiere el periodista inglés, a no ser que su entusiasmo de aficionado le haga confundir con balones las granadas que nos abren paulatinamente en estos días el camino de Barcelona. Para que nada falte en el cuadro, se insertan a modo de contraste unas declaraciones imaginarias del Generalísimo, atribuyéndole el propósito de hacer caer el peso de la Justicia sobre dos millones de españoles, cuyos nombres están ya en el libro negro para el día de la venganza. Por lo visto no se ha enterado el «Manchester Guardian» de que en la España de Franco más de cien mil prisioneros han recobrado su libertad ciudadana y cooperan con el entusiasmo de los verdaderos españoles a la salvación de la Patria; no se ha enterado que en la España de Franco se ha promulgado la ley más humana del mundo en favor del preso, ni se ha parado a leer las numerosas declaraciones auténticas hechas por nuestro Caudillo a periodistas extranjeros, en las que promete amplio perdón para los españoles; no ha visto, o no quiere ver, el despertar de la juventud española que da su sangre en defensa de la civilización, no precisamente contra sus hermanos, sino los indeseables internacionales y contra los dirigentes, que los man-



que pertenecen al género humano. La noción de «hombre» se formó en Grecia como fruto del esfuerzo convergente de los moralistas y los escultores; los primeros plasmando el tipo canónico del hombre moral, los segundos, el del hombre físico. La noción de «humanidad» es romana. Y, en su evolución lingüística, la palabra «humanitas» muestra como en abreviatura el proceso; análogamente a lo que, respecto de ciertos procesos vitales, obtienen los biólogos en sus laboratorios, con fines de experimentación.

Gastón Boissier, en algunos estudios memorables, ha mostrado el destino que, entre las ideas romanas, cupo a la idea de «humanidad». No nos detengamos en este análisis. Consignemos, pues, por de pronto, que, sin Roma no existiría la humanidad, puesto que, sin conciencia de humanidad, la humanidad no existe y que, esta conciencia, sólo ha sido posible lograrla en Roma. Añadamos que la individualidad de las cosas, quien la afirma decididamente es su cabeza. Y así como, sin cabeza, un cuerpo de ave no es tal ave; y así como, sin un soberano, jefe o monarca, ningún venido al mundo entre los Pirineos y el Estrecho es todavía un español; así, sin Roma, ningún nacido de madre sería todavía un hombre.

LA IGLESIA Y EL IMPERIO.—Al influjo de la idea de «humanidad», lo que fué Ciudad en Grecia se abrió en Roma, como un fruto maduro. La serie de disposiciones imperiales extendiendo a los hijos de las tierras conquistadas la capacidad de ciudadanía, lleva a sus últimas consecuencias la generosidad de lo que, en la hora de Augusto, se manifestó en una «paz», como nunca la había conocido la tierra, como jamás había de volverla a conocer. Mientras más se ahonda en el conocimiento de la intimidad romana en aquel período más claro se ve que, además de lo que contiene de elemento providencial el hecho de la aparición del Cristianismo, durante aquel Gobierno y aquella paz, el fenómeno constituye un epifenómeno. La revelación de una hermandad entre los hombres, por encima de las distinciones de Patria y raza, sin perjuicio de constituir una originalidad en el orden religioso, hallábase «en función» de varios acontecimientos, reveladores de una situación impar en el mundo moral de la época.

Fué, sin duda, el Señor quien les dijo a los hombres que, por ser hijos de un Padre común, todos eran hermanos. Independientemente, empero, de este mensaje, el hecho es que, contemporáneamente a

Es público y notorio que hace ya mucho tiempo que en la zona roja no hay tabaco. Es decir, no hay tabaco para el pueblo. A los «amnistados» rojos y altos funcionarios, así como a los militares con graduación, no les falta el buen tabaco que muy generosamente les envían sus amigos del extranjero.

El fumador empedernido no ha tenido, pues, otro remedio que dedicarse a recoger en campos y arboledas unas hierbas aromáticas, que tienen todas las aromas menos la de tabaco. De este modo, hace ya más de año y medio que en teatros, cines, cafés y tranvías se respira un olor a hoja de patata, a hoja de plátano de carretera o a cualquier otro olor insoportable, de tal forma que muchas veces tiene uno que apearse o salir del local donde esté para no sufrir un desvanecimiento.

Y si un día, algún afortunado

tienen por el terror sujetos a los dictámenes de Moscú. Por esa incompreensión del alma española, por ese desconocimiento total de los objetivos de nuestra cruzada, es por lo que hace el periodista la afirmación final de que «asi triunfa el Generalísimo Franco España quedará supeditada a la voluntad de Alemania e Italia». Es cierto que sabremos distinguir los españoles entre los que nos han ayudado a reconstruir la Patria y los que han puesto obstáculos a nuestra lucha de salvación, sin que por eso tengamos que renunciar —mil veces lo ha dicho nuestro Caudillo— a nuestra independencia y libertad de acción, las dos cosas que más ama nuestro indomable espíritu nacional. Por lo visto hay todavía naciones que quieren que nuestra historia magnífica permanezca empolvada en los archivos. A esas naciones las decimos que, quieran o no quieran verlo, la juventud española ha encontrado su destino y continuará, sin volver la vista atrás, el camino de sus mayores.

R. R. R.

Roma y la Humanidad

LA IDEA DE «HUMANIDAD».—La idea de una superior unidad entre los hombres ha pasado, genéticamente, por tres grados sucesivos. Primero, aquel en que el semejante siente a su semejante, en figura de «prójimo». Segundo, aquel en que le siente en figura de «hombre». Tercero, aquel en que le siente como la manifestación de un conjunto, que se llama «la humanidad».

La noción de «prójimo» nace de la conciencia de una posibilidad de uniones procreadoras, entre los individuos que pertenecen al género humano. La noción de «hombre» se formó en Grecia como fruto del esfuerzo convergente de los moralistas y los escultores; los primeros plasmando el tipo canónico del hombre moral, los segundos, el del hombre físico. La noción de «humanidad» es romana. Y, en su evolución lingüística, la palabra «humanitas» muestra como en abreviatura el proceso; análogamente a lo que, respecto de ciertos procesos vitales, obtienen los biólogos en sus laboratorios, con fines de experimentación.

Gastón Boissier, en algunos estudios memorables, ha mostrado el destino que, entre las ideas romanas, cupo a la idea de «humanidad». No nos detengamos en este análisis. Consignemos, pues, por de pronto, que, sin Roma no existiría la humanidad, puesto que, sin conciencia de humanidad, la humanidad no existe y que, esta conciencia, sólo ha sido posible lograrla en Roma. Añadamos que la individualidad de las cosas, quien la afirma decididamente es su cabeza. Y así como, sin cabeza, un cuerpo de ave no es tal ave; y así como, sin un soberano, jefe o monarca, ningún venido al mundo entre los Pirineos y el Estrecho es todavía un español; así, sin Roma, ningún nacido de madre sería todavía un hombre.

LA IGLESIA Y EL IMPERIO.—Al influjo de la idea de «humanidad», lo que fué Ciudad en Grecia se abrió en Roma, como un fruto maduro. La serie de disposiciones imperiales extendiendo a los hijos de las tierras conquistadas la capacidad de ciudadanía, lleva a sus últimas consecuencias la generosidad de lo que, en la hora de Augusto, se manifestó en una «paz», como nunca la había conocido la tierra, como jamás había de volverla a conocer. Mientras más se ahonda en el conocimiento de la intimidad romana en aquel período más claro se ve que, además de lo que contiene de elemento providencial el hecho de la aparición del Cristianismo, durante aquel Gobierno y aquella paz, el fenómeno constituye un epifenómeno. La revelación de una hermandad entre los hombres, por encima de las distinciones de Patria y raza, sin perjuicio de constituir una originalidad en el orden religioso, hallábase «en función» de varios acontecimientos, reveladores de una situación impar en el mundo moral de la época.

Fué, sin duda, el Señor quien les dijo a los hombres que, por ser hijos de un Padre común, todos eran hermanos. Independientemente, empero, de este mensaje, el hecho es que, contemporáneamente a

este mensaje, los hombres —o, por lo menos, las porciones más representativas del linaje humano—, ya vivían en paz. Y en participación de una comunidad política, donde se encajaban, casi indistintamente superpuestos, la Urbe y el Orbe.

Dios desposó, en aquellos instantes, la Iglesia con el Imperio. Los desposó, porque habían nacido el uno para el otro. Y a estas nupcias no se podía aplicar, es cierto, el «tanto monta», como a las de los Reyes Católicos. Pero sí, la prohibición suprema, contenida en la fórmula de que lo que Dios juntó, los hombres no lo separen.

EL CATOLICISMO ANTICIPADO.—El historiador que, ante la evidencia de estas nupcias, se detiene a considerar cuál fué su lecho, véase obligado a reconocer la razón de una fórmula de paradójica apariencia, que se dijera contradecir otra versión uniformemente aceptada. La fórmula según la cual cabría decir que «el Catolicismo es anterior cronológicamente al Cristianismo». Despojado el hecho de lo que su expresión tenga algo de chocante, se reduce a afirmar la existencia, en Roma, a partir de un momento dado e independientemente de la adopción oficial de la causa cristiana, una conciencia, clara ya, de la reunión «potencial» de todos los pueblos o gentes en un Imperio; potencialidad que jugará, a partir de dicho momento, respecto del logro «actual» de la misma idea, una especie de sublimado equívoco.

En el archi-famoso: «Tu regere imperio populos, Romanae, memento», hay que ver ciertamente otra cosa que una explosión de orgullo nacional, nutrido por victorias anexionistas. La vocación no se manifiesta aquí en función de la potencia, sino del derecho. El romano traza mentalmente, sobre la muchedumbre de lo étnico, un círculo imaginario y siente que, escapar a este círculo, puede ser, para un pueblo determinado, una vocación contingente, no un estado conforme a la razón.

La pluralidad de las independencias puede, a partir de entonces —y porque no hay otro remedio y por no todo se alcanza en un día—, ser «tolerada», más en modo alguno «justificada»; el pueblo independiente pasa a ser un rebelde, un «discolo»; algo colocado, y no sin responsabilidad de su parte, fuera de ley... ¿Ni, cómo se justificaría esta excepcionalidad, puesto que Roma ha asumido, al asumir todas las religiones, las tradiciones todas? La concepción de un «Pantheon», templo consagrado colectivamente a la asamblea universal de las divinidades —haya sido éste, o no, el objeto del edificio que, en la Ciudad, conocemos hoy todavía con tal nombre—, constituye la expresión material de este Catolicismo anticipado. Expresión dogmáticamente equivocada, sin duda; reuniendo en igualdad, la que, según los casos, había de tratarse, por la exclusión o por la jerarquía. Expresión caricatural, como lo es hoy, de la idea de humanidad, la Sociedad de Naciones —y, entre paréntesis, caricatural por las mismas razones que ella—. Pero expresión elocuente, después de todo... El pueblo a quien el verso había recordado que suyo era el Imperio de los otros pueblos, tomaba también posesión, mediante este símbolo, del Imperio del más allá.

EUGENIO D'ORS

E C O S

mortal, por favor o por compasión, ha conseguido obtener de manos de un «privilegiado» rojo un cigarrillo verdadero, y sube al tranvía con el pitillo en los labios, al cabo de un minuto no falta quien se le aproxima y le ruega con voz lastimera: «No tire usted la colilla, por favor».

De las tristemente célebres Patrullas de Control de la zona roja se conocen muchas cosas. En el transcurso de los días se irán conociendo muchas más. La labor criminal y asesina de esta banda, organizada y subvencionada, está presente todavía en la mente de muchos seres.

He aquí uno de los muchos «servicios» prestados por estos canallas.

Sucedió cuando las citadas Patrullas se encontraban en su apogeo. Un buen día una de ellas se presentó en un piso donde vivían solamente una venerable anciana con un nieto de diez años de edad. Los padres del niño se habían escondido en otro piso, por estar inscritos sus nombres en la lista de aquellos a los cuales había que dar el «paseito».

Franqueada la puerta, procedieron los malvados a un minucioso registro de toda la casa. Y después de hora y media de búsqueda no encontraron nada que pudiera ser motivo de detención o castigo.

Se disponían a marchar los atracadores de domicilios, cuando uno de ellos, al llegar al recibidor, se dio cuenta de que encima de una mesita se hallaba un pequeño cofre. Se acercó, levantó la tapa y de allí sacó unos cuantos recortes de periódicos.

—¿Qué es eso? —preguntó al niño, que estaba allí junto a su abuela.

—Son fragmentos de los discursos del Padre Laburu —respondió el pequeño inocentemente.

—Muy bien, muy bien —hizo el «patrulla», y añadiendo—: Pues, mira, nos acompañarás a nosotros y nos leerás lo que dicen. Nosotros no sabemos leer. Anda, vamos.

El niño no quería. La abuela se opuso tenazmente. Todo fué inútil. Se lo llevaron a la fuerza.

A la mañana siguiente apareció el cadáver del niño con la cabeza destrozada de un hachazo.

Un número excepcional de la Exposición Americana que se celebrará en Nueva York desde mayo a octubre de 1939, estará constituido por la gran caja metálica —de una longitud de cerca de dos metros y conteniendo toda clase de objetos— que será sepultada a la profundidad de quince metros bajo el nivel del suelo. Se trata de un vasto «documentario» de nuestra época, que —en el proyecto de los organizadores— habría de ser desenterrado por los descendientes dentro de cincuenta siglos: exactamente en el año de gracia 6938.

Esos nuestros descendientes, al abrir la caja, irán de sorpresa en sorpresa: encontrarán una sombrilla de señora, un sombrero de copa, un diario, un gramófono, un encendedor de cigarrillos, una navaja de afeitar, un vestido de sociedad, una dentadura postiza... y otras muchas cosas.

Nosotros «estaremos viendo», desde el otro mundo, sus caras. Y nos reiremos de su estupefacción cuando se pasen de mano en mano los diversos objetos, sin compren-

der con precisión de qué se trata; porque los hombres de 6938 tendrán usos y costumbres completamente distintos de los nuestros, y podrá darse —por ejemplo— que un sombrero de señora sea tomado por un puchero...

Pero los descendientes serán más inteligentes que nosotros y que los mismos organizadores de la Exposición Americana, lo que es mucho decir, de suerte que se puede prever que con un poco de buena voluntad conseguirán catalogar los objetos y los expondrán tal vez en una Exposición destinada al mayor éxito.

Sólo una «pieza» —una verdadera «pieza» arqueológica— seguirá siendo un misterio en su contenido para todos los estudiosos del siglo setenta: el mensaje del físico profesor Millikan. Este mensaje dice, entre otras cosas: «En este momento, 22 de agosto de 1938, los principios de los Gobiernos democráticos como los que rigen los Estados anglosajones, franceses y escandinavos, se encuentran en conflicto formal con los principios del despotismo». Si los principios del progreso científico y nacional salen victoriosos de esta lucha, será posible una edad de oro, sin guerras... Si los principios del despotismo reaccionario triunfan ahora y en el porvenir, la historia futura repetirá la triste narración de guerras y de opresiones como en el pasado.»

Así ha escrito para la posteridad el físico profesor Millikan el 22 de agosto de 1938; desde entonces no han pasado cincuenta siglos, sino menos de cuatro meses, y sus previsiones ya han fracasado.

¿La solemne y cómica profecía profesoral no ha encontrado en Munich el más clamoroso mentis? ¿La paz no fué salvada justamente a despecho de aquellos «principios» que el «despotismo» de los Estados totalitarios ha sepultado antes todavía de que fuese sepultada la caja americana?

Una ciudad que se muere de hambre

He llegado hace poco tiempo de la zona roja; hace pocos días. Y de aquel trozo de España martirizada y esclavizada por los rojos tengo mucho que contar. Llevo conmigo un arsenal de historias, anécdotas e impresiones. Las he acumulado con fervor en mi pensamiento, para que hoy pudieran salir por vez primera a la luz pública.

Empezaré por Barcelona. No hace mucho estuve allí paseando por las vías tenebrosas de la ciudad muerta, porque verdaderamente Barcelona no es más que un esqueleto.

Si antes tuvo fama de ser una de las ciudades más bien iluminadas del mundo, hoy día es una ciudad sin luz y sin vida.

Para mejor dar cuenta de lo que es la vida en Barcelona, bastará que detalle cómo empiezan y terminan el día todos aquellos seres que circunstancialmente viven aún bajo la tiranía de los rojos.

Hasta las nueve de la mañana no empieza la animación por las calles. Eso de la «animación» es, ciertamente, una terminología ampulosa, pues el ánimo de los dependientes u oficinistas, que son los que cruzan las calles, es tan decaído, que acuden al trabajo arrastrando los pies y con unos deseos de trabajar como de tirarse en un pozo. Claro, ¿cómo pueden ir al trabajo con animación si van con el estómago vacío? ¿Qué han desayunado estos hombres? De cada cien, noventa no lo habrán hecho en mínima escala. Sin chocolate, sin café ni leche, ni cacao, ni mantequilla, ni mermelada y sin pan, ¿qué han desayunado? Y eso hoy, mañana y pasado mañana y todos los días.

Las amas de casa, a primeras horas de la madrugada, corren hacia el mercado a fin de coger puesto en la cola «de lo que haya».

Pues aunque los periódicos anuncian que «mañana habrá pescado, o bacalao, o carne congelada» y que estos ingredientes se repartirán por tarjeta, resulta que si no son de las primeras en la «cola» no hay manera de que les toque. Y se explica muy bien. Son dos mil mujeres las que hacen cola, cuando solamente hay pescado, bacalao o carne para cien. De ahí viene que los mercados estén fuertemente custodiados para evitar los asaltos a las tiendas; cosa que ha sucedido muchas veces. Las paradas de carne y de comestibles hace ya mucho tiempo que están cerradas. Las paradas de verdura no existen. Basta decir que a las nueve de la mañana los mercados, todos sin excepción, pueden cerrar sus puertas, porque no hay motivo para tenerlas abiertas.

Entretanto, y durante la mañana, en los domicilios particulares se están desarrollando cuadros de verdadera tragedia. En uno despiertan llorando dos criaturitas de tres y cuatro años, mientras la madre está haciendo cola. La hermanita mayor acude al oír los sollozos y procura con sus caricias ahuyentar el hambre que devora a los pequeños. Pero éstos no ceden, y lloran, lloran otra vez. Lloran tanto, que su hermanita no puede hacer más que acompañarles con sus lágrimas, ya que ella también siente el mismo dolor y tiene el mismo motivo para llorar: el hambre. Y así esperan el regreso de la madre, la cual, un día entre otros, habrá podido comprar un bote de leche por el fantástico precio de ¡cien pesetas! Y ese bote será la alegría y el sustento de los tres hermanos durante ocho o más días, pues la madre sabía racionar la leche serenamente, a fin de evitar que sus hijos lloraran otra vez por no haber tenido la «ocasión de comprar otro bote por cien pesetas».

Esta tragedia es la tragedia de muchas casas. Es la verdad cruda y horripilante de la manera cómo se vive en la retaguardia roja.

De una a tres de la tarde transcurren las horas más críticas que puede pasar todo individuo que venga del trabajo, tenga hambre y no haya que comer. Pues eso es lo que sucede a los pobres trabajadores de la zona no liberada. Llegan a casa y no hay ni fuego en el fogón, ni carbón en la carbonera, ni aceite en la cantina ni patatas en el cesto, ni cebollas, ni nada para condimentar. La mujer, atribulada,

pocos días. Ante el dilema, pues, de morir de hambre o de un balazo, el pueblo ha adoptado la primera solución, pero empeñado en vivir busca por aquí y por allá, sufriendo toda clase de penalidades y sacrificios, si no una comida suculenta, algo que le sustente, algo para ir pasando, como vulgarmente se dice, con la esperanza de que pronto ha de terminar su martirio.

A este fin dos o tres veces a la semana, y especialmente los domingos, se lanza en tromba hacia los pueblos de la comarca, y allí, cambiando por otros géneros: medias,



LA RAMBLA DE LAS FLORES CUANDO BARCELONA ERA UNA CIUDAD ALEGRE...

ha pasado toda la mañana corriendo como una loca de un lugar a otro, y al fin, después de mucho pedir y de mucho ofrecer, uno de estos que llaman «especuladores» le ha vendido dos arenques y media libra de lentejas.

Llega a casa al mismo tiempo que el marido. Se cruzan unas miradas. Adivinan entre sí el significado de las mismas. Pero callan. Hasta en los domicilios particulares ha entrado el terror. Unas lágrimas silenciosas cristalizan en los ojos de aquella desgraciada mujer.

Sin gas, sin carbón, sin petróleo, sin bencina, sin ninguna clase de combustible, ¿cómo van a cocer? Y hoy el marido rompe una silla con cuatro golpes de hacha, mañana una mesa, otro día un cuadro. De este modo se cuecen las lentejas y se frien los arenques. No hay vino. Y el poco de pan que les queda lo tienen que guardar para el pequeño. Tienen que sobrar lentejas para la cena, pues hoy no cuentan con otra cosa. Mañana —según el lema comunista— «el Gobierno proveerá». Pero ese mañana se alarga indefinidamente, hasta llegar a los límites de la muerte por inanición. Esta es la suculenta comida que se pueden permitir las familias de trabajadores que viven aún bajo la tiranía roja. Y hay muchas que ni a esto llegan.

Me diréis: ¿pues cómo es posible que el pueblo no se rebela? Sin comer nadie puede vivir.

A esta naturalísima pregunta os puedo contestar: El pueblo que no come y el que come poco o mal sabe ciertamente que si se lanza a la calle será recibido con ráfagas de ametralladoras, pues por algo pululan por Barcelona miles y miles de guardias de Asalto y carabineros dispuestos a actuar a la menor tentativa, como ha sucedido hace

alpargatas, jerseys, etc., o bien a costa de muchos cientos de pesetas, logra reunir en un cesto un par de coles, un par de huevos, media docena de cebollas, una docena de ajos y quizás una pastilla de chocolate de fabricación clandestina.

La estación de M. Z. A. de Barcelona es un hormiguero humano. Por las mañanas, igual que por las tardes, la gente se apretuja y se amontona para conseguir el billete. Cosa que no consiguen todos. Ha habido individuo que se ha pasado dos días y dos noches consecutivas haciendo cola. Los trenes salen abarrotados de material humano hasta los toques. Dos o tres estaciones después de Barcelona, cualquiera que sea la red, ya no es posible subir a ningún tren. Y toda esta gente que viaja tan incómodamente y expuesta a todos los riesgos, lo hace movida por un solo fin: el de encontrar, sea donde sea, y al precio que le pidan, algo con que sustentar a la familia. Y de cada cien personas que han salido, ochenta al menos regresan sin haber encontrado nada. Su desesperación es grande; las lágrimas asoman a sus ojos durante todo el trayecto. Algunos murmuran palabras incomprensibles, otros entablan conversación para distraer el hambre. Pero la mayor parte callan y se muerden la lengua. En su interior hay síntomas de rebeldía. Pero el pánico se ha adueñado de sus personas y no quieren exteriorizarla.

A tal extremo ha llegado a imponerse el terror, que el pueblo, ante el dilema de mentir o ser víctima de la checa roja, es capaz de afirmar que come y que no le falta nada, cuando la triste realidad es que va muriendo por inanición.

RICARDO ARTIGAS.

Aquella niña

por Concha Espina

Así fué como lo anunció la radio bolchevique de Barcelona en una noche oscura de noviembre:

«Se ha perdido una niña como de unos cinco años, pálida, menuda, vestida de luto: va descalza.»

Y yo la estoy buscando.

La desgracia sucedía muy lejos de aquí. Nunca estuvieron tan distantes dos ciudades españolas, con un abismo que las separa.

Fero yo me puse aquella misma noche a buscar a la niña.

Y la encontré desde el primer momento. En cuanto percibí su trágica silueta ya la tuve retenida en la imaginación, con un cautiverio torturante, una suerte de hallazgo sombrío que me impide abrazarla.

Está a mi lado, pesa en mi frente y en mi corazón, y su vestido de luto se me deshace entre las manos cuando la quiero tocar. Es como una gota fría y nocturna del instante en que la voz indiferente dió como un aviso vulgar, sin ninguna emoción, aquel anuncio terrible para mí.

Porque detrás de la nena pálida y chiquita con los pies desnudos, estoy viendo una interminable procesión de niños perdidos y descalzos, hambrientos, mudos de soledad y de terror.

Niños españoles que pueden estar en Méjico, en Suecia, en Rusia, en las ciudades rojas levantinas. Pero que tiemblan de miedo y de frío lejos de la única España, ésta que no consentirá nunca la disolución de la familia, ni el hielo estéril del hogar.

Los que percibimos el fecundo calor de su llama padecemos como una doble desdicha la tribulación de esos niños abandonados, las agujas del hielo que se nos clavan en la carne pensando en su invalidez, y el puñal del laicismo que se nos hunde en la conciencia imaginando la desolación de su espíritu, cuerpo y alma sin recaudo, niñez sin abrigo y sin dulzura, frágiles naves en el mar, sin un lienzo que se enarbole contra los peligros de la navegación.

Debe ser muy corriente entre los matricidas rojos el extravío de las criaturas pequeñas, pálidas, vestidas de luto y con el paso ensordecido de los pies desnudos. Debe ser muy corriente, a juzgar por la manera helada y perezosa de aquel anuncio que repercute aquí como un grito lancinante, desgarrador.

En la insensible comunidad italiana, forcejeo, codicia y barbarie, nadie escucha ese tático andar infantil, mudo apoyo en la tierra invernal, acaso entre las trincheras de basura que los animales inferiores registran en solicitud de algún desperdicio comestible.

Dos mil niños más salieron hace pocos días de Madrid, violentamente, hacia el caos de la más inicua expatriación conocida en el mundo.

Y pasa del millón el número de pequeñuelos robados a España, algunos con el beneplácito de lo que antes se llamaba familia y hoy es una entelequia del régimen comunista.

Un millón de fantasmas débiles depauperados, ensombrecidos, que ambulan por el duro suelo bolchevique dentro y fuera de la patria. Una ronda espantable de niños cuyo regazo más dulce será el de la muerte.

Y eran vida nuestra, el mayor gozo del país. Donde cada uno tenía brezo y techumbre, vestido y pan, dones equivalentes a la sagrada designación de padres, y transferible a las palabras *sociedad y religión*.

Yo imagino el escándalo y la indignación que produciría, en San Sebastián, por ejemplo, el encuentro en la calle de una criatura icónica de semejanza invalidez. Aquí, donde cada niño pobre es un flor que recibe esmerado cultivo en la maceta ilustre de la ciudad. Y con preferencia si el pequeñuelo fuese vestido de luto.

Ya desde hoy mis evocaciones más tiernas y dolorosamente españolas se subrayarán con la única imagen de aquella niña que se ha perdido entre la mugre roja, con sus harapos negros y descalza.

Su perfil anochecido, su cara descolorida, sus plantas desdichadas son un patético dibujo que se me diluye a la intemperie, mil veces cruel, de la tiniebla populista, sangre y lodo.

—Le habrán matado por lo menos a su padre —me digo—: alguien la cubrió, apenas, con un pingajo negro. Y así, deshambriada, empujada por el terror y la indigencia, huye por la oscuridad inhumana del soviét. Es el símbolo de ese millón de niños que le arrancaron a España las uñas bestiales del Frente Popular.

En la adumbración tenebrosa del paisaje soviético se me oscurece el dibujo y el paso de la niña anémica, descalza, por los caminos rojos del mundo. No la puedo alcanzar con los brazos materiales de la misericordia, aunque estoy abrazada a su desventura que me pesa, como una mole de congojas, en la frente y en el corazón.



adobanbunil

Una semana de guerra

La legítima nerviosidad de España ha hallado esta semana pasada el cauce previsto. La ruptura del frente catalán por cuatro sitios distintos, el pasado día 23, ha sido el comienzo de la última etapa de la guerra. Es por esto que esta semana, que podría ser propia al comentario caso de no haber entrado de lleno en esta tercera gran etapa de la guerra, la de mayor volumen de todas, es, sin embargo, solamente, por aquella razón, propicia a la enumeración de unos hechos militares sucedidos vertiginosamente; pero no al comentario en sí, pendiente de los resultados de la acometida que, aun dentro todos de la victoria fulminante, pueden ser de muy diversa manifestación.

Los partes oficiales, encierran implícitamente más noticias de las que expresan. Ello es táctica felicísima, dado el estado de desorientación, táctica de los mandos rojos y la enorme envergadura de la operación. De ellos sólo puede desprenderse, a la hora de redactar estas líneas, el enorme volumen de los movimientos de las tropas de nuestro ejército, que se ejercitarán en la batalla de mayor enjundia que se haya realizado en las guerras modernas. Esta táctica de desorientación del enemigo, realizada en la gran escala con que se realiza ahora, con todos los elementos para una acometida que cuente sólo con su propia fuerza, sometidos a la movilidad y maleabilidad de la guerrilla, es una nueva, personalísima manera de vencer, que hermana y sintetiza los resortes del oficio militar, con la simple capacidad humana y el valor intelectual de los que la dirigen.

Y es que la batalla que se ha iniciado por nuestras tropas no es, en el término singular corriente, una ofensiva. En todo caso se trata de una ofensiva plural y, mejor, de un conjunto de ofensivas, estructuradas todas ampliamente desde un caudillaje militar, y que han de sintetizar y agruparse, con victorias parciales, en una sola victoria, sabiamente obtenida. Ello ya proviene de la longitud enorme del frente en juego, y proviene singularmente de la premura con que se quiere conseguir el objetivo; y proviene, también, del conocimiento a fondo de la capacidad militar del enemigo que tenemos enfrente, diezmado en su moral por dos años de desprestigio y abandonado en toda su estructura, fácil de vencer con el empuje y la táctica y apto como nunca para el desmoronamiento.

En el momento de redactar estas líneas la ofensiva se desliza con una rapidez vertiginosa, desde uno a otro extremo del frente catalán. Las mayores incógnitas están por despejar: ¿cuáles son los inmediatos objetivos de las distintas ofensivas? ¿Cuál es su punto de confluencia? Situados ante el mapa, ante nuestros ojos se clarifican paulatinamente estas cuestiones. Acostumbrados a mirar el trozo de España roja a que nuestra ofensiva se dirige, nos hemos formado la idea de un núcleo geográfico considerable. La geografía militar, sin embargo, no se rige siempre por los mismos principios que la simple geografía, considerada objetivamente. Hoy día, puede decirse que la España roja se halla contenida en los contados kilómetros que median entre Borjas Blancas y Barcelona, o entre Tortosa y Barcelona. El objetivo no es ya la cueva —estamos ya dentro de ella— si no el cubil. Saque el lector el promedio de kilómetros que se avanzan diariamente y sacará, consecuentemente, el calendario lógico de esta operación.

Es, sin embargo, aventurado señalar con promedios, y de manera rigurosamente lógica, el final de este conjunto de operaciones decisivas. Cada kilómetro que se avanza por nuestra parte líquida, con proporción geométrica, la moral de nuestros enemigos, atender más al mantenimiento de su estructura militar que al propio de la resistencia. No sólo son importantes los kilómetros que se conquistan, sino que cada uno de ellos provoca, en las jefaturas de sector y, luego, en los ficheros del ministerio de la Guerra de Barcelona, el desbarajuste monumental que hace imposible toda resistencia. Y mucho más conociendo de antemano con que ansia esperan los elementos que integran las tropas de la República, estos momentos de desbarajuste para renunciar al puesto que corresponde a cada cual, en el cual persistían únicamente a causa del control personalísimo a que eran sometidos.

Sea como sea, ha empezado la decisiva operación liquidadora de los rojos como ente compacto. Pase lo que pase, esta semana de guerra será la semana en que la guerra habrá tomado los rumbos de la liquidación.

ESPAÑA NACIONAL

Sindicalismo Vertical

Por Raimundo Fernández Cuesta

Pero, ¿qué es el sindicato vertical, de que tanto se ha hablado y del que tanto se ha escrito? El proletariado surge en la vida de la Humanidad desde el momento en que los patronos y los empresarios dejan de trabajar en común con sus obreros, como sucedía en el régimen gremial. Surge desde el momento en que nace la fábrica y se establece el sistema de producción que está caracterizado por estas tres cosas: por la concentración de grandes masas de trabajadores y por no ser necesarios conocimientos técnicos especiales en los que aportan el capital. Y como por un lado resulta que los maestros de los antiguos gremios carecían de la formación necesaria para implantar sus fábricas, y como la fábrica y producciones fabriles habían absorbido la producción del pequeño artesano, que al encontrarse con que no podía vender otra cosa que su trabajo, y como había desaparecido también el estímulo de pensar en trabajo y el aliciente de llegar a ser maestro de los gremios si cumplía los deberes que el gremio imponía, resulta que de un lado se apropiaron los que lo tenían todo y de otro los que no tenían nada; de un lado los empresarios, de otro los obreros; de un lado los capitalistas, de otro los proletarios. La lucha de clases había surgido. Y como después los obreros, por un instinto de conservación para oponer el poder de su masa a los abusos del capitalismo, se unen y aglutinan, surgen los Sindicatos.

Pero el Sindicalismo, bien lo sabéis vosotros, ha pasado por tres fases: al principio, el Sindicato no es más que el medio de impedir el triunfo de la máquina, que agotaba el trabajo manual del artesano. Más tarde, convencidos los obreros de que el triunfo de la máquina es ya inevitable, ven en la sindicación solamente el medio de hacer extensivo a ellos los beneficios que la máquina proporciona. Ultimamente, el Sindicato se hace revolucionario y aspira a la destrucción del Estado y a apoderarse de la dirección de la producción.

Pues bien, este sindicalismo de clase nada tiene que ver con el Sindicalismo vertical. Toda la mentalidad de la lucha de clases descansa precisamente sobre estos dos pilares: los Sindicatos paralelos de los patronos y de los obreros y del contrato colectivo. El Nacionalsindicalismo, para

montar su economía sindical, ha prescindido de ese instrumento de la lucha de clases, y prescinde también de la mentalidad marxista y de la mentalidad capitalista, que ya estamos hartos de la adoración al mito de la superioridad del trabajo manual, como estamos también hartos de la adoración al mito repugnante del dinero.

Pero este Sindicato vertical no es el Sindicato mixto ni son las Corporaciones italianas. En el Sindicato mixto es cierto que están unidos los obreros, los patronos y los técnicos; pero no se dice con arreglo a qué criterio. Si están unidos los obreros, los patronos o los técnicos de la misma categoría económica o grupo de fábrica o si lo son del mismo ciclo de la producción. En el Sindicato vertical, que se caracteriza no sólo por su unidad jerárquica y su dirección unitaria, los obreros, patronos y técnicos están unidos, pero con arreglo a un criterio económico, el criterio del ciclo de la producción, que estará delimitado y dividido en tantos grados como exigen las necesidades económicas. Y no es tampoco la Corporación del sistema italiano, porque si aquellos países donde los gobernantes, al subir al Poder, se encontraron con un sindicalismo de clases fuerte y poderoso, no tuvieron más remedio que hacerlo inócuo, someterlo al Estado, convirtiéndoles en un Sindicalismo Estatal, creando órganos de enlace supersindicales, que después se convirtieron en órganos de autonomía y disciplina en defensa del interés totalitario de la producción. Esos órganos son las Corporaciones. Las Corporaciones, como veis, tienen el pie forzado de la existencia previa de los Sindicatos de obreros y patronos. El Sindicato vertical es nuestro punto de partida y nuestro punto de llegada. No supone Sindicato previo de clases, no admite interferencias de tipo escisional, no son órganos del Estado, son instrumentos que el Estado tiene para la realización de su política económica y unitaria. Porque sería verdaderamente absurdo que después de una guerra en que ya se han destruido aquellas organizaciones que eran la base de la división económica entre los españoles, fuéramos a fundar ahora nuestra organización sindical, precisamente sobre aquellas mismas organizaciones que acababan de desaparecer...

Una semana de vida Nacional

La Legislación española, de acuerdo con el espíritu de la Iglesia conservó los cementerios parroquiales con carácter netamente confesional, ordenando la construcción de Cementerios civiles, con absoluta separación de los católicos, para enterrar en aquellos los cadáveres de los que hubiesen muerto fuera del seno de la Iglesia.

El espíritu sectario que alentaba en toda la Legislación de la República de mil novecientos treinta y uno, hubo de manifestarse también en esta materia de Cementerios, y por eso en la Ley del 30 de enero de 1932, se mandó a las Autoridades derribar las tapias que separaban los cementerios católicos de los civiles, y se autorizó a los Municipios para que se incautaran de los Cementerios parroquiales, atropellando el sagrado derecho de propiedad de la Iglesia sobre recintos, y hasta se prohibió el enterramiento de toda persona mayor de veinte años que no hubiese manifestado de modo expreso su voluntad, vejamen gravísimo a la inmensa mayoría del pueblo español, que profesa la Religión Católica, y disposición tan sectaria que acaso no tenga precedente en el derecho de ningún Estado culto.

Por una disposición de la Jefatura del Estado queda derogada esta ley, reconociéndose y devolviéndose a la Iglesia y a las Parroquias respectivas la propiedad de los Cementerios parroquiales. Se obliga a los dueños o administradores de panteones, sepulturas y nichos, en el término de dos meses, a hacer desaparecer de los mismos todas las inscripciones y símbolos de sectas masónicas y cualesquiera otros que de algún modo sean hostiles u ofensivos a la Religión Católica o a la moral cristiana.

—O—

Una Orden del Ministerio del Interior, aparecida en el «Boletín Oficial» del día 22 de este mes, por la que se constituye una Comisión que tendrá por misión instruir las actuaciones encaminadas a demostrar plenamente la ilegitimidad de los poderes actuantes en la República española en 18 de julio de 1936, y establecer las conclusiones que se deduzcan de dicha instrucción. Al articulado de esta disposición, en el que se insertan, además, los nombres de las personalidades que formarán parte de esta Comisión, precede el preámbulo siguiente: «Uno de los resortes que con mayor constancia han sido utilizados por la España marxista en su desafortada propaganda —sucedáneo de una fuerza efectiva que no posee y un apoyo moral de que está desprovista su causa— es la imputación de facciosa, rebelde y antijurídica, con que sin tregua ni reposo moteja a la España Nacional.

Gran parte de la opinión universal, acostumbrada a pensar por cuenta propia y a tamizar las noticias e informaciones por las mallas espesas de la sana crítica, sabe a que atenerse en punto a esta falacia. Pero todavía quedan espíritus de buena fe, de ingenua receptividad, a quienes el argumento causa alguna impresión, y que bajo la sugestión de aquella propaganda no intentan sacudir la pereza mental y buscar la verdad. Para que esta se abra paso en forma indubitable, acompañada de las pruebas más rigurosas, capaces de satisfacer a los más exigentes, la España Nacional abre un gran proceso, encaminado a demostrar al mundo, en forma incontrovertible y documentada, nuestra tesis acusatoria contra los sedicentes poderes legítimos, a saber: que los órganos y las personas que en 18 de julio de 1936 delentaban el Poder adolecían de tales vicios de ilegitimidad en sus títulos y en el ejercicio del mismo, que, al alzarse contra ellos el Ejército y el pueblo no realizaron ningún acto de rebelión contra la Autoridad ni contra la Ley.

En los folios de ese sumario político-penal se recogerán las pruebas auténticas del gran fraude parlamentario del frente popular: la falsificación del sufragio en daño de la contrarrevolución y en provecho de las fuerzas marxistas en grado tal, que subvertió el resultado de la contienda electoral; el desvergonzado asalto a los puestos de mando, perpetrado por quienes con el derecho y la libertad no hubieran llegado a conseguirlos; el sinnúmero de delitos, desafueros y tropelías realizados o amparados por un Gobierno que tan audaz e ilegítimamente cabalgaba sobre el país, y, en fin, el escandaloso crimen de Estado, en que culminó tanta vileza, con el asesinato del Jefe de la oposición, señor Calvo Sotelo, ordenado y planeado desde los despachos de un Ministerio, y que sirvió de ejemplo a las turbas, en cuyas garras criminales han caído brutalmente sacrificados en las cárceles, en las checas y los caminos de la España roja más de cuatrocientos mil hermanos nuestros.

No es difícil la tarea que se encomienda a la Comisión que se crea, porque, aunque es incuestionable la magnitud de los hechos sobre que ha de operar, son tan patentes y abundantes los elementos probatorios de que dispone, que insensiblemente surgirá la constancia irrefragable del fraude y la violencia. Pero esta misma abundancia de testimonios, unida al propósito de que en el más breve plazo esté terminada una misión (iniciada ya por una serie de trabajos a raíz de aquel inicuo despojo), que ha de apresurar a desvanecer el error en los medios que todavía se obstinan en él, aconseja constituir una Comisión suficientemente numerosa e integrada por personas procedentes de diversos campos políticos y de alta significación intelectual y moral, cuyos nombres han de servir de aval a las conclusiones que formulen.»

Las pequeñas economías

por SAMUEL CONGOST

DECIAMOS en el artículo anterior que será necesario en adelante que nos organicemos para conseguir de nuestro trabajo, del individual y del colectivo, el mayor provecho, a fin de alcanzar, con dispendio mínimo de energía y de materia, los más elevados rendimientos.

Esta organización deberá tener un carácter absolutamente total, deberá comprender todas nuestras actividades. Está bien ordenar globalmente la producción del país, tanto para cortar esfuerzos contrarios o divergentes que se neutralizan, o convergentes, pero que con sus interferencias inevitables, nacidas de la falta de plan, se restan recíprocamente potencia; está bien el impedir que esos esfuerzos se empleen en direcciones inútiles o para fines innecesarios. Pero es indispensable, además, que ese sentido de organización entre dentro de las fábricas, de los talleres, de las oficinas, y aun de las casas particulares, para ordenar el trabajo interior de conformidad con reglas del máximo provecho.

La primera es una función del Estado, que se realizará—como en Italia, por ejemplo—a través de órganos corporativos identificados en España con toda probabilidad con los mismos sindicatos verticales, cuya creación es inminente, órganos que disciplinarán la producción, no sólo atendiendo a razones económicas, sino también a consideraciones de orden estrictamente político. La segunda es una labor larga de enseñanza y propaganda encaminada a generalizar en el país el convencimiento de la necesidad de esa disciplina y a difundir por todos sus ámbitos la técnica correspondiente.

No se descubre nada nuevo si se afirma que España es uno de los países donde hasta ahora la vida se ha desarrollado de una manera más directa y sencilla y menos organizada, donde se vive un poco a la buena de Dios, o, para decirlo más concretamente, aunque la expresión pueda parecer agria, donde el despilfarro es mayor. Nuestra relativa riqueza y nuestras necesidades, en general limitadas, lo hacían posible. Categoría por categoría, nuestra vida se desenvolvía con un ritmo infinitamente más fácil que en cualquier otro país de Europa, donde el trabajo era duro y los días cortos para efectuarlo.

En el fondo, sir meternos ahora en honduras de tipo espiritual, no puede dejarse de reconocer que esa situación era sencillamente una delicia. Pero ahora se ha acabado. Para recuperar y rehacer lo que hemos perdido y para mejorar y sustituir lo existente, las cosas tendrán que cambiar de raíz. Habrá que medir y que contar.

Hay para todo una técnica. El producto químico más perfecto, la máquina más complicada, la modesta operación de pelar patatas o de calentar un puchero de agua pueden obtenerse o efectuarse con despilfarro o con economía. Esta técnica habrá que aplicar, porque la suma de las pequeñas economías alcanza nacionalmente una cantidad fabulosa.

Esa luz encendida en pleno día, ese motor en marcha sin trabajo, esos residuos que se abandonan, esos recortes que se tiran, esa tierra mal labrada, esas aguas que por entre campos sedientos van a parar al mar, es decir, todo eso que se consume sin provecho o que se utiliza mal, representa un valor que, en economía pobre como la que nos espera durante muchos años, no podremos desperdiciar.

La campaña de la chatarra ha dado, según parece, buenos resultados; pero, más que ese resultado en sí, interesa la enseñanza que arroja, porque en ella ha de verse sólo el primer paso, y muchas otras semejantes habrá que realizar.

No hace mucho tiempo, un periódico, tratando de las campañas contra el despilfarro que se organizan periódicamente en Alemania, señalaba las cantidades enormes de papel, en residuos y recortes, que se habían recogido: algo así como un millón de quintales métricos, si no recordamos mal.

Esta cifra indica lo que puede conseguirse con esas modestas economías que hasta ahora hemos descuidado.

Una de las más grandes responsabilidades contraídas ante la Historia por los directores de la vieja política y que les incapacita en lo sucesivo para toda función de gobierno, es la de no haber sabido recoger todo lo que hay de noble y humano en los anhelos de justicia social del pueblo, dejando que, de misión tan excelsa, hiciesen acto de granjería esa taifa de desalmados que han sumido al país en la tragedia espantosa en que vivimos.

Las continuas predicaciones revolucionarias, pasivamente toleradas por la vieja política; la falacia criminal—lanzada con fines bastardos por los «beneficiarios» de ese satánico conglomerado, que con tanto acierto definió Maura como «inmenso sindicato fundado para la explotación de un odio»—de que una distribución igualitaria de la riqueza haría pasar súbitamente a las gentes, de su humilde condición social a un ilusorio estado de bienandanza y prosperidad, acabaron por desorientar el sentido noble y justo de esos afanes.

La masa, enfebrecida de locura, en pleno delirio de insospechada felicidad, se lanzó a la conquista, por la fuerza, de esos paraísos artificiales que con trágica crueldad se le ofrecieron, sin imaginar que aquellas risueñas utopías ocultaban una lacerante realidad, no ignorada por sus mendaces embaucadores.

Misión primordial del Estado Nuevo es hacer una política social justa, todo lo avanzada que permitan las fuentes de riqueza del país. Pero si esa política no va acompañada de una intensa campaña de desarme espiritual, que lleve a las gentes el convencimiento del engaño de que han sido víctimas, el empeño será estéril.

Al pueblo hay que hablarle con honradez, sin incurrir, por afanes proselitistas, en demagogia. Hay que hablarle de realidades, y la realidad, por lo que respecta a España, está muy por bajo de las ilusiones que en estos tiempos se había forjado.

El índice más expresivo de la riqueza, de la prosperidad de un país es el de su renta nacional.

Por lo que respecta a España, la renta nacional está evaluada en 18.000 millones de pesetas anuales. La renta media nacional, partiendo del censo último, que arroja una población de unos 25 millones de habitantes, es de 720 pesetas por habitante, o sea, de 3.240 pesetas al año por cabeza de familia media compuesta de 4,5 miembros.

Este es el Paraíso que, «en el mejor de los casos», nos ofrecía el marxismo!

A la veracidad de la cifra señalada puede dar carácter sospechoso en la mente simplista de la gente la existencia de fortunas considerables. Basta, sin embargo, pensar, para desear el recelo, que el reparto de la renta de 4.562 familias cuyos ingresos anuales fuesen de

modernos de fabricación, debiendo mencionarse especialmente los hornos a retortas verticales, sistema Dr. Bueh, de una capacidad de producción de 115.000 metros cúbicos diarios, por ser la primera fábrica del mundo que utilizó industrialmente este novísimo procedimiento de fabricación. Su conjunto constituye un modelo en su clase en Europa, no sólo desde el punto de vista técnico, sino en el ornamental e higiénico, habiéndose instalado en ella comedores para obreros, vestuario, cuartos de baño y duchas, con servicio de agua caliente para los mismos, adelantándose con ello, por propia iniciativa, en treinta y cuatro años, a las disposiciones dictadas recientemente por la Superioridad.



100.000 pesetas, cantidad que permite una vida santuaria, entre la población española, sólo acrecentaría en 5 céntimos... ¡Menguada causa para tamaño efecto! el ingreso diario de cada español.

Hemos dicho «en el mejor de los casos» porque en la realidad las cosas ocurrirían de muy distinta manera a las de la hipótesis referida.

La renta nacional citada está hecha en régimen individualista de producción, en un régimen en que el estímulo individual acrecienta considerablemente el volumen de la misma.

Pero esta renta nacional descendería notablemente en régimen comunista, en régimen que pudiéramos llamar de Estado-patrono.

La suposición no es infundada. Tenemos bien reciente la experiencia rusa para sacar de ella consecuencias provechosas.

La renta nacional por habitante, en los últimos tiempos del régimen zarista, era de unos 1.104 rublos anuales, equivalente a 215 rublos chervonetz de la actualidad, habida cuenta del costo de la vida en ambas épocas. Estos 215 rublos chervonetz equivalen en poder adquisitivo a 730 ptas.

Actualmente la renta nacional de la Rusia soviética es de 27.466 millones de rublos chervonetz para 155 millones de habitantes, lo que da una renta media anual por habitantes de 177 chervonetz, equivalentes a 601 pesetas.

Es decir, que después de 20 años de régimen comunista y pese al intento estimulante de los tan cacareados planes quinquenales,

Rusia, esa Arcadia feliz que nos pintan los capostotes marxistas, no ha podido, ni con mucho, llegar a la renta nacional de los últimos tiempos de la época zarista.

La renta nacional, pese a la pregonada taumaturgia del Estado marxista, se logra mediante el esfuerzo perseverante de los ciudadanos..., por lo menos en tanto no lleguemos a esa época que Coulbourne llama de «abundancia potencial», de la que tan distantes nos encontramos en España.

El Estado, en régimen de economía dirigida, puede acrecentarla encauzando y fomentando la iniciativa individual, dictando y exigiendo el cumplimiento de normas directrices que aúnen esos esfuerzos individuales y haciendo una distribución justa de la renta nacional, valiéndose para ello del resorte de una buena política tributaria.

He aquí un esbozo a grandes líneas del programa económico del Estado Nuevo. Su realización costará años duros y de sacrificio. Pero hay que acometer la ingente obra de colocar a España en lugar preeminente en el concierto mundial con el corazón lleno de fe y el ánimo bien templado.

Esta será la mejor manera de honrar la memoria de los héroes que están escribiendo las páginas más inmortales de la historia de España.

FELIPE DECHARTRE

UNA ENTIDAD CENTENARIA

CATALANA DE GAS Y ELECTRICIDAD

Pocas son las entidades, no sólo en nuestro país, sino en el extranjero, con un historial como el de esta Sociedad, que en el transcurso de su vida industrial casi centenaria (fundada en el año 1843), y a pesar de las crisis sufridas por nuestro país en tan largo período de tiempo, ha venido desarrollando sus actividades, conservando siempre su carácter fundamental de empresa genuinamente nacional, pues nacionales son todos los elementos que integran la Empresa: Capital, Consejo, Dirección y Personal técnico y administrativo.

Se constituyó en Barcelona el año 1843, para la fabricación y

distribución del gas de alumbrado en aquella ciudad, que fué una de las primeras de Europa dotada de un importante servicio. Desde aquella fecha, su vida es de constante progreso, en sus varias actividades industriales, de las cuales, por su mayor importancia, enumeraremos someramente las siguientes:

SECCION GAS

Barcelona. — En el año 1904 reconstruyó su fábrica de la Barceloneta, instalando los elementos más

En 31 de diciembre de 1935, las fábricas de Barcelona tenían una capacidad de producción de 863.000 metros cúbicos diarios; la venta en el mismo año fué de 71.155.542 metros cúbicos, y el número de abonados alcanzó la cifra de 211.744.

Sevilla.—También nacionalizó en esta ciudad la industria del gas, adquiriendo en el año 1871 la empresa inglesa «Sociedad Anónima para el Alumbrado por Gas de Sevilla»; que entonces explotaba este servicio.

Continuó en esa fábrica, que se amplió y modificó en distintas épocas, hasta que en el año 1912 se construyó una fábrica completa de nueva planta en terrenos del Prado de San Sebastián, dotada de los

mayores adelantos técnicos conocidos en esa época, y entre los cuales dos baterías de hornos de retortas verticales de tipo similar a las de la fábrica de gas de Barcelona, con una capacidad para la producción diaria de 50.000 metros cúbicos.

También se instalaron comedores, vestuario, cuartos de baño y duchas para obreros, con servicio de agua caliente.

Esta nueva fábrica empezó a funcionar en el año 1914, y en 1935 se substituyó una de las baterías de hornos por otra a cámaras verticales, con todos sus accesorios y elemento auxiliares, y capaz para una producción diaria de 40.000 metros cúbicos.

HORIZONTE

PANORAMA internacional

POR FOG

Nadie puede llamarse a engaño en nuestra guerra. A lo largo de la lucha la España Nacional ha mantenido siempre la misma trayectoria política y militar. Así, en los dos frentes en que se presentaba la batalla—en el militar y en el diplomático—, nuestra posición, lejos de ir dictada por los acontecimientos, ha permanecido fiel a sus principios, resistiendo y venciendo a la postre todas las dificultades.

La duración de la guerra ha ido dejando perfectamente delimitadas las posiciones de todo el mundo.

La experiencia se ha encargado de demostrarnos que entre este pequeño grupo de naciones enemigas debemos poner en primer lugar a Francia. Un enemigo tan inmediato como los rojos y en realidad mucho más intransigente que ellos. Francia es hoy día el único país europeo que —descontando a la URSS—no mantiene relaciones oficiales con nuestro Gobierno. Nos habíamos acostumbrado a creer que la actitud francesa obedecía a las exigencias de los gobiernos de Frente Popular que han venido sucediéndose. Pero en los momentos actuales el Frente Popular ya no existe, y, sin embargo, la política de Francia con respecto a España no ha sufrido ninguna alteración. Se ha desviado, en todo caso, de sus anteriores procedimientos, tomando otros más sutiles, pero tanto más peligrosos.

Creemos interesante insistir en ello en estos momentos en que la decisiva ofensiva que nuestras tropas han abierto sobre Cataluña ha de proyectarse necesariamente sobre el exterior. Nadie ignora con qué saña han venido difundiendo últimamente ciertos periódicos franceses e ingleses las más desconsideradas inexactitudes sobre la situación en la zona nacional. No han vacilado en inventar complots y rebeliones para intentar convencer al mundo de la imposibilidad de nuestra victoria. La finalidad de todas estas maniobras es perfectamente clara. Es la misma que tantas veces se ha producido y fracasará siempre. Llegar por todos los medios a crear un estado de cosas favorable a la mediación.

Nuestras victorias militares daban una vez más la única respuesta adecuada a las maniobras extranjeras al servicio de los rojos. Pero, ¿cuál será la actitud oficial de Francia esta vez? Es necesario no olvidar que durante los días de la ofensiva de marzo la presión del Gobierno francés sobre Barcelona hizo posible la última resistencia. Se habló entonces del envío de divisiones francesas en auxilio de los rojos, y si bien hoy las circunstancias han variado, no puede tampoco otorgarse toda la confianza a las decisiones de un hombre débil e irresoluto como el señor Daladier, que por tanto tiempo se ha mantenido al dictado de los socialistas y comunistas.

La política de Francia parece predestinada a perder en todos los campos. Su intervención ininterrumpida a favor de los rojos, si bien ha servido para prolongar la guerra, no le habrá producido ninguna ventaja positiva. La profunda divisoria trazada entre Italia y Francia ha encontrado en el conflicto español sus más afilados argumentos, marcando al propio tiempo la futura línea política de la España de mañana.

DEL PALACIO DE LA PAZ A LOS SOTANOS DEL RITZ

Recordará el lector que en septiembre último (el día 21 precisamente), el jefe del gobierno rojo de Barcelona, Juan Negrín, se levantó en la Asamblea de la Sociedad de las Naciones, para anunciar que había decidido retirar a todos los internacionales de su zona, e invitaba a la Liga a nombrar

una Comisión internacional con la misión de dar a la Sociedad de las Naciones y, por su mediación, a la opinión pública mundial que la retirada estaba realizada de una manera integral y completa.

Como quiera que esto era meterse en los asuntos que incumbían propiamente al Comité de No-intervención, la Asamblea esquivó el asunto, y a última hora, viendo que los rojos y sus amigos insistían, desvió la cuestión en el Consejo. Este, finalmente, obedeciendo a presiones ocultas, se comprometió, no a lo que el señor Negrín pedía, sino exactamente.

Al envío de una Comisión internacional, que tendrá por misión, utilizando los medios que serán puestos a su disposición por el Gobierno español (quiere decir el rojo), comprobar las medidas de retirada adoptadas por este Gobierno e informar sobre su eficacia, sobre el destino dado a las personas así retiradas y sobre la medida en que estima que la retirada es completa.

El Consejo, pues, no accedía precisamente a lo que Negrín había pedido, y la misión de la Comisión quedaba reducida a muy estrechos límites, que para nada comprometían a la Sociedad de las Naciones. No obstante, los rojos gritaron vic-

toria, asegurando que el éxito diplomático que acababan de conseguir era muy grande.

Y es que, desde el primer momento, hubo gato encerrado. Nombróse la Comisión a toda prisa, destinóse a sus trabajos la bonita suma de 250.000 francos suizos (más de dos millones de francos franceses) y los comisionados partieron para Barcelona.

Las noticias que de los comisionados teníamos no sabemos si llamarlas cómicas o trágicas. Tenían un miedo horrible. Ocho días seguidos pasaron sin moverse del Hotel Ritz, de Barcelona, por temor a los bombardeos. Y, a la menor alarma, se metían como topos bajo tierra y no había quien les sacara de allí. Sus familias, que en buena parte habitan en Ginebra, no vivían de angustia.

En estas circunstancias era difícil que hicieran labor alguna de provecho. No se ocuparon para nada de los voluntarios, pero bien tuvieron tiempo de hacer política. Y así, «La Vanguardia» del 22 de octubre decía de ellos que habían mostrado su «indignación contra la barbarie de la aviación italoalemana» y aplaudían (con frase oscura, por cierto) a Azafra en sus esfuerzos de «achacar compatibles los derechos de la República con los de imponer la plena autoridad a quienes han desencadenado una lucha fratricida, agravada con la traición de facilitar la invasión de España».

Estas declaraciones encerraban tanta gravedad, por la parcialidad que los comisionados mostraban, que en Ginebra no creían que las declaraciones fuesen ciertas, sino invención del periódico. Y se espe-

raba, naturalmente, que los aludidos desmintiesen al órgano de Negrín.

Mas he aquí que la propia Sociedad de las Naciones, en el boletín número 8.713, publicado por su sección de información, nos dice ahora lo que sigue:

«La Comisión militar internacional prosigue actualmente la realización de la retirada de España de los combatientes extranjeros. Prácticamente ha terminado el censo en la zona de Cataluña, y hoy día está en situación de anunciar que, por lo que se refiere a esta zona, los elementos extranjeros han sido retirados, efectivamente, del frente. Algunos han abandonado ya España y el resto se encuentra inmovilizado por la Comisión en las localidades de concentración, en espera del momento de partir.

Puede calcularse que al finalizar la semana próxima más de 5.000 extranjeros, entre ellos 2.000 franceses, habrán salido de España. Faltará comprobar la partida de la zona de Cataluña de cierto número de heridos y de súbditos de diversas nacionalidades...»

Encierra esa nota mucha gravedad. La Sociedad de las Naciones encargó a la Comisión no lo que Negrín había pedido, sino un sencillo registro de lo que Negrín hiciera. Y la Comisión se arroga ahora la misión de secundar los planes de Negrín, que habían sido expresamente agitados en el Consejo de la Liga. ¡Y todo esto desde los sótanos del Hotel Ritz, y temblando de miedo! ¡Y la Sociedad de las Naciones parece aprobarlo!

Persona muy allegada a nosotros ha pedido a la Secretaría de la Liga

las debidas explicaciones en la forma siguiente:

1) ¿Cómo puede ser que la Comisión Militar Internacional esté realizando el plan de retirada? ¿No era su misión, simplemente, la de tomar nota de la forma como el plan se ejecutaba por parte del Gobierno e informar sin realizar ella misma el plan?

2) ¿Cómo puede la Comisión Militar Internacional inmovilizar... en centros de concentración, esperando su partida, a grupos de voluntarios?...

La Secretaría de la Liga ha prometido contestar estos puntos. Veremos cuándo llega la respuesta. Entretanto, digamos francamente que el proceder de la Sociedad de las Naciones, o de quienes en nombre de ella han obrado, es sencillamente monstruoso.

Sería lógico que el secretario de la Sociedad de las Naciones pensase que Franco, por lo menos, puede ganar la guerra. Y para tal contingencia adoptase una actitud que pudiera congraciarse el día de mañana con la España victoriosa. Es más, le creemos suficientemente listo para pensar que Franco tiene la partida ganada. ¿Pues cómo se explica una actitud como la que la Liga acaba de adoptar?

Fijémonos en lo que está ocurriendo con las relaciones francoitalianas. Por espacio de tres años, Francia ha estado creando a Italia dificultades sobre dificultades, haciendo oposiciones a su enemistad. Y de pronto envía un embajador, éste presenta unas credenciales, y se creen en París que todo está arreglado, que nada queda por liquidar. ¡Ah, no; la liquidación de los daños causados y el perdón de las ofensas es algo difícil!

Algo semejante piensan en Ginebra. Crean tal vez que, una vez conseguida la victoria, se le concederá a Franco «el inmenso honor de estar representado en la Liga», y que haya hecho ésta lo que haya hecho, todo ha de quedar, sin más, olvidado. ¡Eso, no! España, desangrada, empobrecida, colmada de ruinas, resurgirá más fuerte que nunca por su propio esfuerzo. Pero jamás olvidará quienes han sido sus amigos y quienes han sido sus enemigos en el curso de la mayor de sus tragedias.

DIEGO VICTORIA.

Ginebra, diciembre 1938.

Ventana al mundo

INTERVENCION FRANCESA

En los puertos de Francia el tráfico con la España roja es más activo que nunca. De «L'Action Française» del día 19 sacamos la siguiente información:

«Nos informan de Marsella y de Sete de un recrudecimiento de la actividad en el tráfico de armas, de municiones y de hierro con destino a la España roja. Se deja entender que se aprovecharán las fiestas de Navidad y Primero de Año para hacer entrega de grandes pedidos.

Una de las organizaciones es la G. A. M. A., que acaba de alquilar en Sete espacios locales en el Quai Louis Pasteur.

El director es un ruso soviético que ha llegado de la U. R. S. S. La G. M. A. es la antigua C. L. U. F. A. (importación de naranjas de Levante) que el pasado invierno había ya cambiado su nombre en G. E. A.

En Sete acaba de llegar un tren entero cargado de lingotes de hierro destinado al mando militar de Barcelona; este cargamento de 2.000 a 2.500 toneladas, estaba consignado a nombre de Alfonso de R... y se embarcará uno de estos días.

Según las informaciones recibidas de Marsella, el «Stanwold» —Capitán Bayley— que trafica de ordinario entre Marsella y Barcelona, zarpó de Marsella el 10 de diciembre por la noche para... Rangoon!

En realidad este vapor partió en el mayor secreto para Rosas, teniendo a bordo más de 600 T. de municiones que provenían de d'esplosifs; Arsenal de Bernon (Eure); Ateliers de Chârgements de las siguientes firmas:

Atelier de construcción de Chatillon (Seine); Société Alsacienne Précigné (Sarthe).

Por otra parte nos enteramos de fuente fidedigna que el vapor inglés Fornill, que carga actualmente naranjas en Barcelona, llegará a Marsella a fines de esta semana para cargar municiones para España.

Se sabe que el petrolero español gubernamental S. A. C.-8, ha encallado partiéndose en dos frente a Saint Pierre, cerca de Valras (Hérault). La tripulación ha sido salvada en el último momento por la canoa de salvamento de Valrás.

El «Wintonia» y el «Ilona», barcos panameños, están anclados en Sete desde el 10 de diciembre. Esperan continuar el tráfico con Barcelona desde Marsella.

El «Barón Twedmouth», inglés, cargado con 5.250 toneladas para España, ha llegado a Sete.

El «Wintonia», procedente de Sete, ha llegado a Marsella en la noche del 14 al 15 de diciembre. Está actualmente pintado de gris y lleva sobre los flancos los colores panameños; está anclado en Marsella en el Dock número 6.

Nos señalan las siguientes partidas de Marsella el 14 de diciembre: «La Corse», francés, capitán Duret, para Barcelona, y el vapor «Maria Rosa», español, capitán Carreras, para Barcelona.

DEPORTADOS POLITICOS EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACION DE LA U. R. S. S.

Un ciudadano soviético que ha escapado de la U. R. S. S. ha confiado a los periodistas que el terror rojo en Rusia ha tomado tales proporciones, que no es posible imaginar en el Extranjero lo que sucede en la U. R. S. S. El número de los deportados políticos en los campos de concentración llega a cifras astronómicas. Obras ciclópicas son construidas sirviéndose de la mano de obra de los deportados. Según el fugitivo, se han iniciado hace algunas semanas los trabajos para la construcción de una nueva carretera para camiones que enlazará el mar de Okotsk con la región de Kolima. Las fatigas a las que los deportados se ven sometidos en aquel clima mortífero son tales, que pocos pueden resistirlas. Centro del trabajo es Noga-jevo, donde ha sido instituido un enorme campo de concentración para los condenados a veinticinco y más años de trabajos forzados. Diariamente perecen centenares de deportados, y ninguno de sus parientes conoce su suerte, porque las condenas a trabajos forzados van acompañadas ahora, según la nueva práctica judicial soviética, de las palabras «sin derecho de correspondencia». Por esto no existe ninguna posibilidad de control y de contacto con los condenados. Decenas de millares de campesinos, obreros, empleados, comunistas, «espías» soviéticos y extranjeros y saboteadores han sido transportados durante el mes pasado de las cárceles de la Rusia europea a Siberia, a las costas del Océano Ártico, al Asia Media, siempre sin derecho de correspondencia. Aun no siendo fusilados, estos desventurados son, para los parientes, muertos para siempre, porque las madres y las esposas, los padres y los maridos no les verán nunca más.



PARA los gobernantes de la guerra, tanto de derechas como de izquierdas, éramos los españoles hombres sin gracia en el político vestir. Y querían a toda costa arrojarnos en las modas extranjeras. En la moda francesa; renunciando así a aquellos tiempos de vestir a la española y cabalgar a la española y vivir y morir a la española; cuando España ni se vestía en la rue de la Paix ni aprendía diplomacia en el Quai d'Orsay. Al filo del 16 de febrero, en la lucha silenciosa de las noches hispanas, se habló mucho del «buen sentido». Naturalmente, del «buen sentido» francés, con olvido triste de nuestros maravillosos, raciales ejemplos de buen sentido. Y como agarrándose al clavo ardiente y fronterizo, el español cómodo decía, mirando a la Francia aspera del Frente Popular, «el buen sentido francés salvará a Francia. Francia reaccionará antes que nosotros». Y exhibían como un trofeo las famosas manifestaciones llamadas de las banderas. No acordándose de que eran tricolores y enemigas banderas y de que la más viril protesta la alzaban los camaradas aquellos que rubricaban con su sangre, en las calles y en los campos austeros de España, la airada rebeldía de la Falange. Era más cómodo esperar la salvación de Francia, y con ella otros cien mil hijos de San Luis por las marcas del Pirineo, al frente cornetas y tambores, insignias cobardes, poltronería, desfiles sin lágrimas de muerte. Era más cómodo esperar que se reanudara la historia; por mejor decir, la historieta del buen sentido francés redimiendo a España.

Y he aquí que nuestro elemental buen sentido —el mismo de 1808— juzgó necesario reaccionar antes que Francia. Y salvar España. Y el mundo: en glosa y renacer de nuestra vitalidad, de nuestro destino. De nuestra geografía fatalmente romana, católica. Universal.

El año 1936, los cadetes de Saint Cyr quisieron llamar a su promoción la del «alcázar»: militares y nobles rendían tributo a sus camaradas en la vocación y en el Arma. El ministro de la Guerra francés, con lógica libertad de «non-intervention», prohibió tal denominación. Y otra vez, en 1937, los nuevos cadetes de Saint-Cyr quisieron que su promoción fuese nombrada de «Toledo». Insistiendo en el honor y en la nobleza. Honrando adversarios y viejas historias. Pero la historieta, que fue papel importante al otro lado del Pirineo, encarnada en el ministro de la Guerra, ha vuelto a prohibir palabras alusivas a la única España. Y ya la cosa es grave, por cuanto indica menosprecio y rumbo diverso. Nunca fueron amigas sinceras Francia y España; el refrán de vecindad —la sangre— aconsejaban cordialidad de buenos enemigos. Pero enemigos leales. «Admirable Francia, enemigo admirable». Y

Vitalidad de nuestro destino

nuestro orgullo era vencer al fuerte enemigo. Y ahora va a ser odiar al enemigo cominer, chiquito, marxista. Toledo es concepción romana, centro de Imperio, fortaleza del Arma y la sabiduría. Toledo es Roma, el masculino de Roma. Quien no defiende Roma, defiende Babel. Quien no está con Roma está con Babel, con la dispersión, con la Sociedad de Naciones. La unidad está en el Imperio, en la noble ene-

miad. No en la secta de los catorce puntos. Y hace poco, franceses admirables de la dulce Francia, en París —Exposición Universal— tuvisteis símbolo claro a vuestros ojos adivinadores de los fastos de cada año: el pabellón de la Sociedad de Naciones se hundió sin gloria. Por sí solo. Se dispersó entre el polvo y el desprecio y el humor sonriente de los buenos comentaristas.

RAFAEL GARCIA SERRANO.

ANTOLOGIA

Una ocasión de España

El genio permanente de España ha vencido otra vez. Sólo el genio de España. De no ser él, ¿qué hubiera podido oponerse a la revolución antiespañola? Todos los instrumentos normales de defensa habían sido minados concienzudamente por los mismos que anhelaban el golpe. Dos años estuvieron en el Poder. Dos años aprovechados en triturar el Ejército, en carcomer de masones la máquina del Estado, en socavar con propagandas marxistas el ánimo de los llamados a empuñar las armas. Todo se dejó listo para que fallase cuando el ataque viniese desde fuera, movido por los mismos hombres de los dos años. El Estado español se hallaba en las mejores condiciones para ser vencido. Pues ¿y la sociedad española? Se dijera que el liberalismo, fuera de España, no había pasado de ser un lujo intelectual; una especie de broma para los tiempos fáciles. Francia, por ejemplo, la que puso en más eficaz circulación el liberalismo, tiene buen cuidado de arrumbarlo en cuanto las cosas se ponen serias. En Francia no se juega con la Policía —de planta napoleónica—, ni con la ley —con guillotinas y Guyanas a su servicio—, ni con la Patria —guarnecida de implacables Consejos de guerra—. El liberalismo sirve para charlar y para tolerar licencias superficiales. Pero en España, no; aquí lo habíamos tomado en serio. Las cosas esenciales estaban indefensas, porque temíamos que el defenderlas demasiado resultara antiliberal. Nuestros políticos vivían en la constante zozobra de pasar por bárbaros si se desviaban de los figurines liberales. Así como palurdos invitados a una fiesta, se ponían en ridículo a fuerza de exagerar la finura de los modales. Nuestra sociedad se había contagiado del mismo espíritu. Por miedo a parecer inquisitoriales, todos nos habíamos pasado de europeos. Nadie se atrevía a invocar las cosas profundas y elementales como la Religión o la Patria, por temor de parecer vulgar. Ni a manifestarse severo contra las fuerzas enemigas. La tolerancia llegó a ser nuestra virtud. De la Santa Inquisición y los maridos calderonianos, vinimos a dar en la más ejemplar mansedumbre.

Así estaba preparada España cuando la anti-España marxista y separatista se desencadenó contra ella. Fuera de nuestro islote, joven todavía, ¿qué reducido de defensa se atisbaba? Y sin embargo, a la hora decisiva, afloró del subsuelo de España la corriente multi-secular que nunca se extingue. Surgió la heroica y militar España; el genio subterráneo de España; el sentido serio y severo de la vida, apto siempre para volver a mirar las cosas —a vuelta de aparentes frivolidades— bajo especie de eternidad. Por eso encarnó España, como siempre, bajo vestimentas marciales y en estilos espontáneos y guerrilleros.

Ahora bien: que nadie trate, ilegítimamente, de arrogarse el triunfo. ¡Cuidado con ese peligro, que ya está a la vista! Nos ama-

Labor de las camaradas

durante el mes de Noviembre

Sub-Delegaciones	Cmdas. en cuadradas	Cmdas. que bajan en el taller.	Prendas confeccionadas.
San Sebastián	711	25	408 prendas.
Zaragoza	193	90	72 "
Sevilla	223	11	73 "
Bilbao	56	15	41 "
Burgos	148	10	116 "
Baleares	154	X	68 "
Córdoba	No ha enviado relación.		
Málaga			27 "

En el servicio «Pro Iglesias devastadas» que funciona en la Sub-delegación de Bilbao, se han confeccionado 30 prendas.

CAMARADAS ASISTIDOS EN LAS DISTINTAS SUBDELEGACIONES

Sub-Delegaciones	Cmdas. asistidos	Prendas entregadas	Número de objetos recogidos
San Sebastián	106	125	207 objetos.
Zaragoza	32	78	237 "
Sevilla	10	61	179 "
Bilbao	39	60	57 "
Burgos	140	402	263 "
Baleares	7	36	87 "
Córdoba	No ha enviado relación.		
Málaga			42 "

Desde esta Provincial se ha dado asistencia a 398 camaradas con 1.132 prendas.

DESTINO desea a todos sus camaradas, suscritores y amigos, un próspero año 1939, vinculado a la ascendente resurrección de España.

ga una sucesión de parabienes al Gobierno, a los partidos ministeriales. A las gentes de «orden»... No se nos pase ni por un momento inadvertido lo siguiente: *como obedeciendo una consigna, los amigos de la situación gobernante recargan más cada vez el lado SOCIALISTA de la revolución dominada, por lo cual esfuman su matiz ANTINACIONAL.* Es decir, oscurecen el sentido nacional de la victoria para que ésta vaya cobrando un sentido ANTISOCIALISTA, BURGUES.

Toda nuestra vigilancia habrá de montarse contra una interpretación así. Si la lucha hubiera surgido entre proletariado y burguesía, ésta podría invocar ahora, aunque nos doliera, el derecho del vencedor. Pero no han sido esos los términos en que se planteó la batalla: la batalla se planteó entre lo antinacional y lo nacional, entre la anti-España y el genio perenne de España. Este ha vencido; para él el triunfo; pero no para nadie —clase o partido— que ahora se le quiera apropiar.

Se ha vertido en estas fechas demasiada sangre española —sangre popular española— de soldaditos estoicos y alegres, de guardias veteranos y oficiales magníficos, de gentes ligadas a nuestras tierras por una permanencia de generaciones y generaciones— para que todo redunde en el restablecimiento de un orden burgués, con barbacanas de sindicatos obreros domesticados. No se ha combatido por eso. Nuestros soldados no han muerto por eso que les es ajeno a los más; han muerto por lo que es de todos: por su España y por nuestra España; por romper esa costra de desaliento y cobardía y abyecta conformidad en que vegetamos.

No hay perdón para los que quieran malograr el triunfo. Todo un esfuerzo así reclama airadamente que se extraigan las últimas consecuencias. Otra cosa fuera estafar el caudal de sangre y de heroísmo recién descubierto. *Si ha triunfado el genio de España hay que entregar el botín y el trofeo al genio de España.* Hay que entregar a España a su propio genio, para que la posea con amor y dolor, para que la devuelva las eternas palabras enmudecidas, para que la fecunde, la temple, la alegre. En la madrugada del 7 de octubre los cañones emplazados frente a la Generalidad llamaron otra vez —con su vieja voz conocida— al alma profunda de España. Ella respondió trágica y heroicamente. No resulte ahora que fué invocada por una bagatela. No lo tolerarían las sombras de los muertos. Ni lo toleraríamos nosotros...

JOSE ANTONIO.

(Publicado en «La Libertad», de Madrid, el 22 de octubre de 1934.)

El sentido místico, de un

deber permanente.

José Antonio.

Destino

Nuestra cualidad funda-
mental es y ha de seguir
siendo la combativa, la
revolucionaria.

Franco.

Lección de Paz

Todo el mundo sabe que nuestra guerra es santa, porque se busca en su triunfo la paz. Y cuando en ella ganamos las tres cosas que perdió Lucifer, la Batalla, la Gracia y el Cielo se las ofreceremos al Niño que hoy nace y duerme en el Portal de Belén.

Entonces buscaremos a aquellos infelices extraviados a quienes sólo dejaron sus feroces mandatarios la voz para el sollozo y los ojos para el llanto: los buscaremos con amor como a perdidas reses para llevarlos ante el inmenso y tierno Rey que les curará sus dolores con una sola mirada de los infantiles divinos ojos, o un leve ademán de las tiernas manos que se ofrecen ya desde la cuna, dóciles, a los clavos de una cruz.

Por encima de todos los dolores humanos, sentimos hoy una alegría religiosa y celestial. El Dios vivo que hoy nace, trae un mensaje de paz. Y otro mensaje de gloria y otro mensaje de humildad. Tan grande es esta que tiene un pesebre en vez de cuna, tan profunda que a la par que los Reyes, quiere tener cerca de sí a los Pastores. Y hasta con una excelsa preferencia. A los Reyes los manda a buscar con una Estrella. Pero a los Pastores los trajo a sí con el aviso de los Angeles. Para Dios fué primero el pastor que el sabio, el que «guarda la vigilia de la noche» que el poderoso...

—o—

En todos los hogares de la España libre suenan hoy villancicos y las oraciones, atados al cantar y la plegaria, por el hilo invisible del

sentimiento a los hombres de nuestras trincheras. Y a los hermanos que sufren en la tierra roja. Fiestas de Navidad que en Barcelona se guardaban religiosa y profanamente de un modo esplendoroso. Hoy la madre no puede allí prender las velillas del Nacimiento, porque se acabó la miel y la cera en la tierra secuestrada. Ni hay sonajas de panderos, ni se escucha el dulce villancico gracioso.

Para esos niños y esas madres huérfanos de tan puras alegrías, cantamos hoy emocionadamente en la hermosa lengua catalana:

«Si n'eren tres pastorets, n'eren
[dintre de la cova;
l'un toca lo flubiol, l'altre toca la
[viola,

Ai que més ai!
Ditxosa és la nit de Nadal!
L'altre toca'l tambori, qu'és una
[musica bona
—Déu vos guard, Mare de Déu,
[si'n voleu ballà una estona?
—No pot ser, lo pastoret, que n'es-
[tic molt més ditxosa
cantemplant mon infantó que és
[bonic com una rosa»...

En las fosca negrura de la noche barcelonesa, nuestro villancico les llegará como una claridad de estrella, una rayo celeste filtrado a través de los balcones, herméticos al terror y a la persecución. Para ellos, para los cristianos en



Cautiverio, nuestra oración más fervorosa al Niño Divino en la noche de Nadal. Y la seguridad de

nuestro empuje, de nuestra fe y nuestro triunfo. Porque tenemos un Divino Capitán que nos condu-

ce, y porque los hombres que nos guían están, como Dios quiere, «guardando la vigilia de la noche». Igual que los pastores preferidos. Cuando esta noche, los cristianos cautivos, inclinados sobre la Radio escuchen, ávidamente, las maravillosas palabras de la Liturgia en la Misa que desde aquí les ofrecemos, las oraciones tendrán una resonancia nueva y estremecedora y en el infernal desahogado del mudo serán una nota armoniosa, una acabada poesía que quizá les lleve la felicidad, ya que sólo Dios puede llenar el corazón del hombre.

La enorme catolicidad de España, que llenó el mundo y que hoy le salva del error y de la muerte, se la ofrecemos a los españoles en prisión por las ondas sonoras de la Radio y por las ondas cordialísimas de nuestros corazones, vibrantes en estos días pascales como emisoras, fidelísimas y exactas, del amor y de la Fe.

Si levantamos esta noche nuestra copa en la cena familiar, será para beber en ella con austeridad, como en un rito: para mojar apenas los labios en el buen vino de España y decir religiosamente, penetrados de dolor humano y de santa alegría: «bebamos alegremente la embriaguez sobria del espíritu».

Y sentírnos todos hombres «de buena voluntad», para que desde la inmensa Gloria de sus alturas Dios nos envíe una victoriosa Paz. JOSEFINA.

Ruta de guerra n.º 0

1.º Pórtico

Quisiera decirlos lo que es una campaña, es decir, un pedazo de guerra. La guerra es muy difícil de hacer y más difícil aún de describir. El hacerla requiere inteligencia, cálculo, golpe de vista, audacia, voluntad y valor. Y todo tejido en una gigantesca malla organizadora. Muy difícil.

Pero el contarla requiere algo más difícil aún: esto es, vivirla, vivirla desde dentro. Ya de por sí es fabulosamente complicado saber vivir la vida, no dejar que ésta pase. Colocarse dentro de ella y no limitarse a contemplarla. O si queréis ser actor y no público.

En otra ocasión os dije que la guerra es la gran ocasión filosófica de España; hoy os digo que es también la gran ocasión dramática de España. Acción e idea nos trae nuestro tiempo. No dejéis pasar en balde este momento, camaradas. Ser actuales; esto es, contemporáneos. Quiero ayudarlos, en mis modestas fuerzas, llevándolos de la mano por una campaña. Toda una trama va desde los pueblos en que, acantonadas, esperan las tropas la marcha hacia el frente, hasta el

final. Y el final, ¿se sabe nunca cuál es?

Hay, sí, ante una gran operación, como una gran interrogación en el aire. El viento tiene un estremecimiento especial que parece una suave voz. Nos dice esto: «¿vivir?». Todo parece provisional; el sueño puede ser el último y la comida la última. Amistades provisionales, porque nadie sabe lo que le espera detrás —o delante— de una piedra. La carta escrita antes de la marcha de aproximación es más cálida.

¿Nos damos cuenta? No. Las cuadrillas, antes de la corrida, esperan con los nervios afilados; pero el soldado mide las emociones por otro rasero. Sólo el bisoño piensa el qué le pasará. Esta es su diferencia fundamental con el veterano.

Hay, sí, en estos momentos un cruce de emociones: hay una ambición —la de la conquista— y un estoicismo —en el creyente, cristianismo— ante las incidencias amargas. Y no es lo mismo el estado moral del hombre de espíritu que el del hombre de horizontes cortos.

En esto, como en todo, el espíritu presta horizontes, lejanías.

Yo pienso que en estos momentos es cuando más se ve lo que son los hombres, las razas, las sociedades. Ignoro cómo reaccionará, en una situación así, un soldado extranjero, pero pretendo tener algún conocimiento de cómo se comporta el soldado español.

Exteriormente nada nos dice. ¿Interiormente? Allí, en sus entrañas, pugnarán las pasiones. Según la idea que le acompañe, según su temple y según su experiencia, guardará o no el ánimo levantado. Pero en todo caso su interior es idéntico; quizá el ceño un poco fruncido.

En general, ocurre esto a los pueblos que han vivido mucho. Sus antepasados gastaron las emociones y han llegado así amortiguadas. Porque sólo el vivir da prestancia y elegancia la actitud. Decimos: «nada, un tiro a Fulano». Nada; un tiro sólo puede dar la muerte: nada. Se emplea con exceso la frase: «que haya suerte», o ésta, que no es ni frase: «suerte». Vivir, morir: suerte.



TANQUE RUSO COGIDO AL ENEMIGO

Y no es que seamos indiferentes. Pero un manojo de hombres seleccionados, a través de la Historia, nos dejaron este legado. Lentamente fué filtrándose a través del hecho menudo y del hecho grandioso. Porque la actitud de un pueblo se ve por igual ante lo hogareño que ante la epopeya. Y España está llena de gentes de aire maduro, sereno y curtido. ¿Qué es si no ese «a la paz de Dios» de los hombres llanos de la tierra española? ¿Qué es —saltando en altitud— la que-
ma de las naves de Hernán Cor-

lés? Es, sencillamente, el gesto eterno de nuestra Historia.

Este es, igualmente, el pórtico de la guerra: gesto humano de plenitud de vida. «Suerte...».

Hasta ahora sólo he hablado del hombre; pero es que el hombre es el eje de todo. Sobre él sólo está la altura de Dios. Y en esa altura vivir o morir es «nada».

José Manuel Martínez Bande.

Un pueblo. — Diciembre, 1938. III A. T.